

1276. Pedro Queralt. — 1291. Berenguer de Cardona. — 1309. Bartolomé de Belvis.

## CASTILLA.

1152. Pedro Robeyra. — 1178. Guido de Gardas. — 1183. Juan Fernandez I. — 1212. Gomez Ramirez I. — 1221. Pedro Alvarez Aluító. — 1243. Gomez Ramirez II. — 1248. Martin Martinez. — 1248. Pedro Gomez. — 1263. Martin Nuñez. — 1266. Lope Sanchez. — 1269. Guillen. — 1271. Garcia Fernandez. — 1286. Gomez Garcia. — 1295. Sancho Ibañez. — 1296. Ruy Diaz. — 1297. Gonzalo Yañez. — 1299. Pedro Yañez. — 1306. Rodrigo Yañez.

## V.

## EL HUÉSPED MISTERIOSO.

VEINTE y cuatro años solo poseyeron los Templarios el edificio de la Rabida. Proscritos por la bula de Clemente V, los monges soldados del Temple abandonaron el convento del que pasaron á encargarse los religiosos *conventuales* para á su vez cederlo á mediados del siglo XV, por bula de Eugenio VI, á los *observantes*. Estos hijos de San Francisco fueron pues quienes allí permanecieron hasta la total estincion de todos los regulares en 1835.

Despues de esta época, la Rabida habia quedado abandonada y, sin consideración á sus gloriosos recuerdos, se la dejaba desmoronar poco á poco olvidada en aquel rincon de la bella Andalucía.

Y sin embargo, aun tiene la Rabida un recuerdo que debemos apuntar, re-

cuerdo de un hombre que la llena toda como Cárlos V el monasterio de Yuste, como el Cid el de San Pedro de Cardeña.

Un dia se acercó un extranjero á llamar á las puertas del convento. Llegaba á pié y fatigado. Vestía un pobre pero aseado justillo rojo, y descansaba sobre sus hombros un capote de lana parda, cubria su cabeza un birrete de velludo, calzaba unas botas portuguesas y traía á su espalda un zurrón cuyo poco volumen no daba á decir verdad altas ideas de su contenido.

Era su frente despejada, su vista penetrante, aguileña su nariz, y, esparcidos por toda la fisonomía algunos rasgos de inteligencia, revelaban un cierto esplendor de fortaleza y de génio tan robusto y pronunciado, que cualquiera se sentia lleno de admiracion ante él. No iba solo. Acompañábale un niño de corta edad, cuyos piés estaban hinchados de fatiga, cuya boca dejaba escapar una espiracion jadeante, y de cuyos ojos brotaba una lágrima debida á la desesperacion ó tal vez al hambre.

— Qué se os ofrece, buen hombre? preguntó al recién llegado el monge portero asomando su cabeza.

El extranjero miró al fraile y contestó con una voz triste y doliente:

— Un pedazo de pan para mi pobre hijo.....

Las lágrimas no le dejaron proseguir.

Apresuróse el fraile á abrir la puerta con un celo que bien y cumplidamente revelaba su caridad cristiana, é introdujo á sus dos huéspedes en el convento.

Inmediatamente él mismo puso sobre una mesa varias frutas y un pan del que se lanzó á comer con avidez el niño. En cuanto á su padre, despues de haber dado las gracias al fraile, se habia puesto á recorrer á grandes pasos la estancia, entregado y ensimismado en sus reflexiones. El monge portero le examinaba con cierta compasion mezclada de curiosidad, y, como fascinado por aquella nobleza de facciones, por aquella mirada de águila, no podia apartar la vista del huésped.

— Y vos, no comeis, hidalgo? — se atrevió por fin á decirle.

— No tengo apetito.

— Habreis hecho mucho camino segun lo fatigado que está vuestro hijo?

— Mucho.

— Venís de muy lejos?

— Oh! sí, de muy lejos.

— Y vais tambien lejos?

— Ay! sí, muy lejos.

Lacónicas eran las contestaciones, pero habia en este laconismo cierta expresion de dulzura, que muy al contrario de repeler al fraile le impellá á simpatizar todavía mas con el huésped.

En aquel instante acertó á llegar un monge del convento, Fray Juan Perez Marchena, hombre instruido y de recto entendimiento. Detúvose á hablar con el portero sobre asuntos de la casa y este le comunicó sus observaciones acerca el estrangero que acababa de llegar. Examinóle despacio con afable rostro y aire escudriñador el buen fraile, y acabó por no quedarle duda de que aquel hombre era mas de lo que parecia. Por otra parte, todo se le volvia al huésped pasearse arriba y abajo de la estancia, detenerse de pronto, volver á andar, balbucear sus labios ciertas frases inconexas y darse palmadas en la frente, olvidado completamente de que le estuviesen mirando.

Fray Juan Perez se decidió por fin á acercársele y le invitó á descansar algunos dias en el convento. El desconocido le dió afablemente las gracias y se escusó por no poder aceptar la generosa oferta.

— Tan de prisa vais? — le preguntó el fraile.

— Muy de prisa, padre.

— Os interesa llegar cuanto antes á algun punto?

— Ni yo mismo sé si me interesa.

— Pues donde vais?

— No lo sé.

— No os comprendo.

— Ah! — murmuró entonces el desconocido con una amargura y un sentimiento que llegaron al corazon del fraile, — hay tantos, padre, que me dicen lo mismo: No os comprendo!

Fray Juan Perez miró con asombro al desconocido que continuó tristemente:

— No os comprendo! He ahí la frase con que me reciben todos, he ahí la frase con que todos me despiden. No me comprenden! Todos dicen lo mismo. No me comprenden! Señor, hasta cuando estaré condenado á encontrar gentes que no me comprendan?.....

Y el huésped dijo esto alzando las manos al cielo y dirigiéndole unos ojos preñados de amargas lágrimas.

Fray Juan Perez pasmado hasta un extremo increíble, no se cansaba de mirar al desconocido como si tratara de leer en su fisonomía la solucion de las preguntas que intimamente se hacia.

— Padre, — dijole en esto el lego que se le acercó, — ese hombre debe ser un loco.

El buen fraile se volvió de repente con un estremecimiento, como si hubiese oido una herejía. Por única contestacion se encojió de hombros y, no desistiendo de averiguar el proceder del desconocido, pero queriendo abrir nuevo camino á sus inspecciones, le dijo contemplando el zurrón:

— Poco provisto me parece que andais, hidalgo, siendo larga vuestra caminata.

— Porque lo decís, padre? — contestó preguntando el huésped á quien ya se le habia calmado la especie de febril impaciencia que le agitara.

— Dígolo por vuestro zurrón cuyo contenido debe ser bien pobre á juzgar por el volumen.

— Traigo sin embargo en él todo lo necesario. Una brújula marina, un astrolabio y varios pergaminos en donde he trazado mis cartas de navegacion.

— Ola! con qué sois navegante?

— Soy... yo no sé lo que soy en el dia, padre. Si les preguntais á unos, os dirán que soy un loco, si á otros que soy un mendigo, si á otros en fin que soy un visionario.

— Y porque eso, hijo mio? preguntó el fraile cuya curiosidad aumentaba por grados.

— Porque dicen que tengo ambicion.

— Y la teneis?

— Oh! sí!

— Y esa ambicion es leal y noble?

— Leal y noble, como nacida de aquí y de aquí — dijo esto tocándose el pecho y la frente: — es decir, nacida del conocimiento de la ciencia, de la fé del corazon.

— Y porque entonces desprecian vuestra ambicion?

— Porque dicen que pido mucho y prometo tambien mucho.

— Qué es pues lo que pedís?

— Un buque.

— Y qué es lo que prometéis?

— Un mundo.

El pasmo del religioso habia llegado á su colmo.

— Como os llamis, hijo mio?

— Cristobal Colon.

— Pues bien, Cristobal Colon, hay en vos algo que no comprendo y que sin embargo deseo comprender. Servíos pues venir á mi celda, aceptareis mi frugal almuerzo, y despues me direis todo lo que necesito que me digais para que

al marchar de aquí no os veais precisado á murmurar como de los otros: No me comprenden.

Colon meneó la cabeza.

—Ay! tambien me tendreis por loco como los demás.

—Hijo mio, ninguna locura hay hasta ahora en vos para hacerme pensar así. Por de pronto, os lo digo, no os comprendo, pero, creedlo, os admiro. Decid pues; aceptais mi invitacion?

—Acepto, padre.

El religioso se puso á andar y siguióle á su celda el náuta genovés.

Lo que allí, en aquella celda humilde de un humilde convento tuvo lugar, lo refiere en demasiados bellos versos el señor duque de Rivas para que nosotros dejemos de anteponerle á nuestra pobre prosa.

Citaremos solo el pasaje que creemos oportuno.

Dice así:

Fué bastante haber tocado

con sagacidad la tecla;

la facilidad verbosa

del genovés se despliega.

Y con aquellas razones

de convencimiento llenas,

con que se siente y sostiene

lo que se sabe de veras,

sus inspiraciones pinta,

sus observaciones cuenta,

su sistema desenvuelve,

sus proyectos manifiesta.

Recurre á sus pergaminos,

los desarrolla, y enseña

cartas que él mismo ha trazado

de navegar, mas tan nuevas,

y segun él las explica,

en cosmográfica ciencia

demonstrándose eminente,

tan seguras y tan ciertas,

que el pasmo del religioso

y su decision aumentan.

De aquel ente extraordinario

crece la sabia elocuencia,

notando que es comprendido,

y de entusiasmo se llena.

Se agrandan, brillan sus ojos

cual rutilantes estrellas,

brofan sus labios un rio

de científicas ideas:

no es ya un mortal, es un ángel,

de Dios un nuncio en la tierra,

un refulgente destello

de la sabia Omnipotencia.

En efecto, Fray Juan Perez quedó convencido; creyó como Colon, desde aquel momento, en la existencia de un nuevo mundo, le instó, le apoyó, le aplaudió, le comprometió á no cejar en su empresa, en sus proyectos y en sus planes. El ánimo decaído del genovés cobró con ello nuevo brio y valentía, mayormente viéndose comprendido y celebrado por el venerable monje y por varios amigos que este llamó á su celda y cuyos nombres no ha olvidado la posteridad. El pensamiento del atrevido náuta volvió á remontarse en alas de la fantasía. Por fin habia hallado quien le comprendiese aquel pobre extranjero que se habia acercado á las puertas del convento á pedir un bocado de pan para su hijo muerto de sed y de hambre, por fin tenia un auditorio al que poder decir sin que se le tomara por loco, desde lo alto de un mirador del convento y mostrándoles la pulida lámina del Atlántico que se estendia á sus piés:

—Oh! una carabela con que rasgar esas olas, y vuelvo con el regalo de un mundo que hacer á quién me la haya proporcionado.

Digno Marchena! El nombre de este buen religioso vivirá eternamente con el de Colon, pues que la historia no olvidará jamás la hospitalidad que dió al descubridor del nuevo mundo.

Desde el almuerzo en su celda, es decir desde el momento en que Colon hubo desarrollado ante el monje toda la vasta y brillante estension de sus planes, Marchena los cobijó, los apoyó con sus relaciones en la corte de Isabel y de Fernando, y el 30 de abril de 1492 pudo el buen religioso bendecir las dos carabelas espedicionarias, viéndolas partir el 3 de agosto del propio año, del mismo puerto de Palos.

Colon cumplió lo que al monje habia dicho. Ofrecieronle una carabela y él dió en cambio un mundo.

He ahí por lo que hemos dicho que lleno estaba el convento todo de recuerdos de un gran hombre. Solo por esto en cualquiera otra nacion recibiria la Rabida el culto de la admiracion y de la veneracion mas profundas.

Y sin embargo, en España no es así desgraciadamente.

Un año hace apenas que un amigo nuestro visitó aquel sitio, poco despues de haber estado en él el Sr. Amador de los Rios que le consagró unos bellos ar-

tículos, y la Rabida presentaba el aspecto mas desolador y mas triste. Todo era abandono, todo eran ruinas.

La iglesia constaba de una sola nave de mas reducidas dimensiones que las señaladas al templo antiguo, y podíase ver todavía un modesto retablo, única ornamentación que quedaba de los altares de los cuales manos impías arrojaran las estatuas de los santos que tranquilos moraban en sus nichos. El suelo estaba lleno de escombros por entre los que aparecía de vez en cuando algún libro de coro, viudo de las viñetas de miniatura que en algun tiempo le adornaran.

Era imposible visitar aquellas ruinas sin sentir oprimido el corazón y desgarrada la mente por punzantes pensamientos.

La celda que un día sirviera de morada á Fray Juan Perez de Marchena, esta celda que debía ser conservada como un tesoro, estaba próxima á desaparecer entre los escombros, sepultando con ella, para borron nuestro, uno de los mas preciosos recuerdos de nuestra historia. Tenia esta celda balcones de donde se disfrutaba la mas bella vista y de donde se veía á la villa de Huelva tendida en la playa del océano como una blanca ninfa que hubiesen escupido las espumas de sus aguas.

Las paredes estaban llenas de inscripciones, allí trazadas por los viajeros, y todas dirigidas á ensalzar y bendecir al digno religioso que tan franca y sincera hospitalidad dió al náuta genovés.

En un ángulo se lee:

Un pensamiento colosal abriga  
el gran Marchena, y de entusiasmo lleno  
con dulce ruego al genovés obliga  
á que del gran Fernando el cetro siga.

En otro:

La antorcha de la fé brilló luciente  
por Marchena en las playas de Occidente.

En otro firmados por una pobre peregrina, estos versos:

Marchena ilustre, tu nombre  
el mundo no olvidará,  
que un mundo valióle á España  
tu digna hospitalidad.

Al abandonar la celda de Marchena y sus gratos recuerdos; puédese subir al mirador desde el cual se abraza la vasta estension del Atlántico que borda con vistosa franja de plata la arenosa playa. Tambien en aquel sitio cuenta la

tradicion que estuvo el intrépido genovés entregado á sus meditaciones y suspirando por el día y el momento en que, lleno de júbilo, rasgaria para ir al encuentro de un nuevo emisferio, las turbulentas olas. Por lo mismo sus paredes se ven, como las de la celda, llenas de inscripciones, de las cuales plácenos trasladar las mas notables.

Dice una:

Duerme, Rabida arruinada,  
con tus peñascos grandiosos,  
con tus recuerdos gloriosos  
en mi patria desgraciada.

Otra hay tambien firmada por la misma pobre peregrina y dice así:

Colon, tu genio profundo  
bien se debe celebrar,  
pues no cabiendo en un mundo  
otro fuistes á buscar.

Las iniciales J. G. J. firman este pareado:

Al náuta genovés honor y gloria!  
Benedicid, españoles, su memoria.

Inmediato al ángulo de la derecha léese este otro:

Mi pasmo admirador, Colon, recibe  
y glorioso en la Gloria eterno vive.

Por lo demás, admíranse en la Rabida algunos vestigios de su fundacion primitiva y de las diferentes épocas que marcado han querido dejarla su sello. Consérvanse algunas almenas que revelan la dominacion de los Templarios, véñese en sus claustros arcos indudablemente mas modernos, y llama la atención una media naranja de construccion fortísima y ruda arquitectura que remonta sin disputa al primitivo templo de Proserpina.

Pero todo se halla en un estado de ruina y de abandono que llena de tristeza el alma del pensador y de hiel la pluma del escritor.

Últimamente parecia que la diputacion provincial trataba de destinar la Rabida á lazareto ó en casa de refugio de marinos inutilizados en campaña.

Es un noble pensamiento que merecerá el aplauso de la prensa y la bendicion de las familias.